

EL JUEGO es el TRABAJO DEL NIÑO



Son ocho legones. ¿Niños difíciles? Los padres se quejan. Están irritados o desanimados. Se preocupan demasiado por el trabajo de sus hijos y por su presente. Pero apenas dan importancia a los juegos, esa vital necesidad juvenil que, en lugar de entorpecerlos, deberían saber utilizarla en los momentos difíciles, como un importante medio de educación.

1

En casa de los Pérez

Los suspiros de don José: "Nos desvivimos por nuestros hijos. Ellos se quedan en el estudio vigilado de la tarde porque ni su madre ni yo tenemos tiempo para ocuparnos de ellos. No les vemos más que a la hora de cenar... Y esto para multiplicar las escenas, por culpa de todo aquello que hay que reprocharles debido a su manifiesta mala voluntad".



Mi respuesta: ¿No tiene usted tiempo de ocuparse de los niños? Vea usted, ante todo, si no hay alguna cosa que pueda ser suprimida en su vida profesional. Con frecuencia, afanados en ganar el sustento de nuestros hijos, no dedicamos ningún tiempo para vivir con ellos, que es precisamente lo que más necesitan.

¿Y si, durante el tiempo de esta única comida tomada en común, en lugar de reproches (operación negativa) les proporciona usted alguna cosa positiva? Hable con ellos. Juegue también con ellos a algo que pueda contribuir a agudizar su inteligencia. Hay infinidad de juegos que desarrollan, en pequeños y mayores, la atención, la memoria, el sentido de la precisión, la imaginación y la expresión verbal.

Yo conozco a un niño tímido al cual sólo se le puede hacer hablar de esta manera: por sorpresa y porque se trata de un juego.

2

En casa de los López

Los vértigos de doña Pilar: "Juan Luis es un niño terrible. Miradle, ahora que trabaja... o que finge trabajar. No es una silla lo que él necesita, sino un columpio. Este niño no para ni un momento; hasta tal punto, que me produce vértigo".



Mi respuesta: ¿Cuánto tiempo pasa su chico cada día en el colegio? ¿Tiene allí, acaso, el derecho de balancearse sobre el pupitre? ¿Qué disciplina se le exige? ¿Qué tiempo se le concede para que juegue?

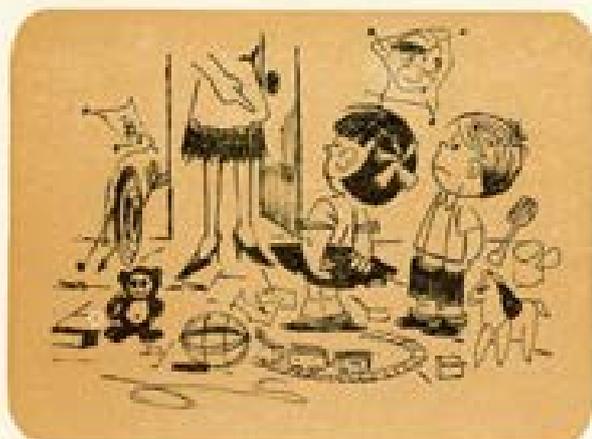
A los seis años, un niño tiene necesidad de moverse por moverse: simplemente para desarrollar sus músculos. Las personas mayores somos muy poco inteligentes al exigir a los niños que, del día a la noche, vivan en completa inmovilidad, lo que sólo es conveniente para nuestros nervios fatigados.

Juan-Luis está aprendiendo en estos momentos —me doy cuenta perfectamente— la tabla de sumar... Y para aprender su lección tiene que vivirla corporalmente; de esta manera la retendrá mucho mejor. El canto, el ritmo, la danza, la gimnasia serían, en nuestras manos, medios extraordinarios para el primer grado de enseñanza si no hubiésemos olvidado nuestra manera de comportarnos cuando teníamos la suerte de ser todavía niños.

3

En casa de los Gonzalez

La sugerencia de doña Nieves: "¡Niños, a jugar! Cerrad la puerta de vuestro cuarto y dejadnos tranquilos...". Luego me dice a mí, que acabo de llegar: ¡Es un respiro, cuando han acabado sus deberes...!".



Mi respuesta: ¿Estamos seguros de que el juego no es asunto nuestro, como lo es el trabajo?

A mí no me gusta que se cierren las puertas para jugar "entre dos", aunque se trate de un hermano y una hermana... y usted adivina el porqué. ¿Sus hijos no son maliciosos? Estoy segura de que no. Pero si usted supiese lo que es el instinto... y que la puerta cerrada no será un control educativo, sino al contrario.

Si no participamos en el juego de un niño, sepamos, por lo menos, a qué juega. Observémosle discretamente. En el juego es donde el niño se muestra tal cual es, revelando defectos que quizá ya conocemos... pero también cualidades que pueden habernos pasado desapercibidas. Sin embargo, interesarse en el juego de un niño como simple espectador no parece suficiente. Juguemos con él, lo más a menudo posible, si queremos ganarnos su confianza y no ser solamente el maestro (o la maestra) que transforma la casa en una cursal, poco agradable, del colegio.

4

En casa de los Garcia

La gran queja de don Antonio: "Nuestro Pepito no piensa en otra cosa que en jugar. Sin embargo, ya no es un bebé: va a cumplir ocho años. Sería una cosa grave que perdiese el curso. Los deberes de la tarde son mi cruz. La goma, en sus manos, se convierte en un coche; la regla, en un barco. Si se las quito, juega con las zapatillas por debajo de la mesa. Así nos pasamos las horas".



Mi respuesta: ¿Las horas, dice usted? ¿No estará ahí la raíz del mal? No se lamente de que su chico quiera jugar. El juego, a su edad, es una actividad apetecible, normal, que puede ser aprovechada para su formación profunda... e incluso para su formación escolar. Se le pide a Pepito más de lo que él puede dar, sobre todo después de una jornada de colegio. Quizá sea mejor interrumpir su trabajo de tarde (deberes o lecciones) con un rato de descanso. Y, cuando la ocasión sea propicia, preséntele el trabajo como un juego apasionante. Por ejemplo: ¿Quiere usted explicarle un problema sobre el precio de fabricación? Juegue usted "a las tiendas" con su hijo.

5

En casa de las Sanchez

El pesimismo de doña Ana: "Julita es una mariposa incapaz de estarse quieta. Siempre está en la luna. Sólo es capaz de fijar la atención durante breves segundos. Ella conoce, probablemente, muchas más cosas de las que uno cree, pero no sabe aplicarlas, carente por completo de poder de concentración. Renuncio a intentar que se esté quieta..."



Mi respuesta: Es el mal del siglo; todos los maestros se quejan de ello amargamente. Sin embargo, los programas escolares no contribuyen a cultivar este poder de concentración, esta facultad de atención sin las cuales no se puede hacer nada serio. Pero nosotros, los padres, podemos ayudarles mucho en este terreno: en el juego y por el juego. Por ejemplo: podemos jugar a las damas con nuestros hijos mayores de siete años, haciendo trampas discretamente para darles la alegre oportunidad de vencernos, a pesar de su inferioridad. Su éxito debe estar relacionado con el esfuerzo. El niño que juega habitualmente a las damas se muestra cada vez más atento en clase. La experiencia lo confirma. Otros muchos juegos —sería interesante hacer un inventario— desarrollan también esta facultad de concentración.

6

En casa de los Gómez

El asombro de doña Juanita: "Esta niña (María, 7 años) tiene gustos alarmantes. Fre-cuenta los ambientes más selectos de la ciudad, y no piensa en otra cosa que en jugar con los hijos de nuestro portero. Le hemos regalado toda clase de juguetes, pero ella se divierte sola jugando con agua y frascos vacíos".



Mi respuesta: Esta niña es sana y llena de ese buen sentido popular que a veces juzgamos demasiado severamente. Abandonando a las amigas "muy distinguidas" y los juguetes demasiado perfeccionados que le han regalado, prefiere a otros camaradas y juegos más simples.

Para el niño, jugar es inventar, imaginar, hacer alguna cosa con nada, expresarse de una manera libre y personal. Su hija, nacida en un ambiente demasiado civilizado, ha dado —sabiamente— marcha atrás. Sus juegos no son algo prohibido; déjela actuar a su gusto y no la mime usted tanto. Debería alegrarse de que a su hija le gusten los juegos de un niño pobre. ¡Tanto dinero a su alrededor constituye un buen peligro!

7

En casa de los Fernandez

Las quejas de doña Mercedes: "¡Contemplan ustedes esto! Juan ha convertido su habitación en un taller de carpintero. Ayer mismo limpié y ordené el cuarto, y hoy ya hay otra vez virutas por todas partes. ¡Si pudiese tanto empeño en el latín...! ¡Y, además, un día va a hacerse daño!".



MI respuesta: Conozco el caso de otra mamá que se desesperaba —con más razón que usted— porque sus hijos no saben hacer nada para llenar sus ratos libres. Dé usted gracias a Dios de que su hijo esté entregado a todas horas, con sus manos (si no con el espíritu), al trabajo. ¿Qué, a causa de esto, el suelo de las habitaciones queda sucio? Puede ser. Pero, ¿qué es más importante: el brillo de la cera en el suelo o la actividad inteligente de su hijo?

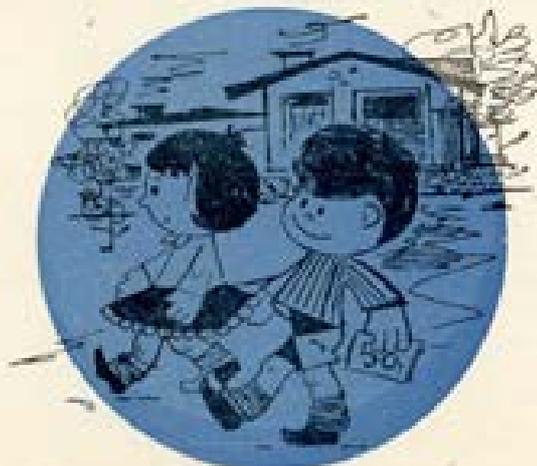
¿Teme usted que él pueda hacerse daño? Sin embargo, si fuese al cine, en sus ratos libres, ¿no regresaría, quizá, lastimado, aunque de una manera menos visible?

¿Se muestra su hijo habilidoso, trabajador? Y esta habilidad, ¿le perjudica en sus tareas y estudios de latín? ¿No será esto una indicación providencial? La orientación profesional de un adolescente se conoce más fácilmente por la observación de sus juegos que por la lectura de su boletín de notas.

8

En casa de los Martinez

Los disgustos de don Luis y doña Teresa: "Los matrimonios que no tienen hijos son más felices y, en todo caso, más avanzados que nosotros, que tenemos dos. Ana y Santi no ponen los pies en casa si no es para comer, dormir o exigir la paga semanal —cada vez más dinero— para divertirse. ¿Que —excepcionalmente— les pedimos que se queden con nosotros un domingo? Se hacen los sordos. Eso aburre al señor y a la señorita".



MI respuesta: ¿Por qué no buscar, con toda humildad, lo que pueda haber de verdadero en esta última afirmación? Si no se quedan a gusto en casa es, casi siempre, porque no hemos sabido retenerlos.

Conozco a muchas familias en las cuales los padres, desde siempre, han sido y siguen siendo los compañeros de juegos, de paseos, de deporte o de camping de sus hijos e hijas, y son para ellos los mejores amigos, los más agradables. Para estos chicos privilegiados ningún entretenimiento es comparable al de "la casa", en la que siempre se encuentran a gusto, atrayendo a ella a sus mejores amigos.

¡Cuántos padres desesperados al ver que sus hijos se alejan de ellos (o, lo que es peor, van contrayendo amistades dudosas), podrían evitarse esta desesperación!

Resumen de este rápido

golpe de vista

Permanezcamos jóvenes ante nuestros hijos.

Juguemos con los más chiquitines, porque es algo importante. En el juego encontraremos, más fácilmente que en otra actividad, el camino de su corazón, de su espíritu, de su confianza.

Y juguemos también con los que ya son mayores, para seguir siendo, o llegar a ser, sus mejores amigos y retenerlos "en casa" en el momento que estén en trance de alejarse de ella; peligrosamente, la mayoría de las veces.

Padres y madres podrán tener un cambio de impresiones utilizando el cuestionario que va a continuación:

¿No dedicamos demasiado tiempo al trabajo escolar de nuestros hijos y poco a sus juegos? Si dedicásemos un poco más de tiempo a los juegos, ¿no tendríamos más influencia en sus estudios?

¿Aceptamos que sean niños de su edad y no mayores en miniatura? ¿No decimos con demasiada ligereza que son nerviosos, inconstantes, cuando es normal, a su edad, el no estar quietos y el cambiar continuamente de ocupación?

¿Es, para ellos, "la casa" un lugar de recreo, es decir, de re-creación de energías, no solamente físicas (comida y descanso), sino también morales y espirituales, a fin de que puedan cumplir mejor su tarea escolar?

MARIA-FRANCE

"Famille et Collège"—184, Rue Washington, Bruxelles.

Compañeros y Educación



El condiscipulo es uno de los más poderosos, de los más necesarios medios de educación intelectual y moral. El condiscipulo es la sociedad que comienza, la vida social con sus hechos y deberes; es la emulación, la fuerza del ejemplo, el compartir alegrías y dolores, trabajos y éxitos; es la candorosa amistad, el apoyo, el socorro mutuo, la fraternidad misma... No hay (o por lo menos peligra) educación donde no hay condiscipulos.

DUPANLOUP: "Education", pág. 309.

Juego y Educación

(De un artículo aparecido en "Paris Match" sobre la dinastía Kennedy).



Para los Kennedy, sus hijos, en primer lugar, no han de tener miedo de nada. Para hacer de la generación siguiente "duros" dignos de la anterior, cada hermano educa a sus hijos en el culto al deporte. Porque como jinetas, alpinistas, regatadores o jugadores de rugby, los Kennedy no sólo practican todas las actividades físicas, sino que procuran sobresalir en ellas. Todos tienen el gusto del riesgo y lo violento; sean chicos o chicas de una u otra generación, se lanzan apasionadamente a la aventura. No permanecer nunca inactivo es una ley para los Kennedy.

GILBERT GRAZIANI

"La gran saga de los Kennedy"